

Juan Martín (*después de una breve pausa*).—Ese cura, Vicente, es capaz de mover unos miles de hombres dispuestos a todo. Si él acepta un acuerdo conmigo, podríamos detener a los franceses, para imponer luego en Madrid una política que lleve a España a puerto. **Sardina**.—Esa sería tu gran hazaña. La gran hazaña del Empecinado.

(*Un breve silencio.*)

Juan Martín (*mostrando a Sardina el sable que lleva ceñido*).—¿Conoces este sable?

Sardina.—No. No es el que llevabas en la partida.

Juan Martín.—Cuando acabamos de echar a los franceses, me lo envió como regalo el rey de Inglaterra. Desde entonces lo llevo. Aprieto su puño y siento en mis venas que aquel guerrillero se ha convertido en general de la Europa y la libertad.

Sardina.—Me contentaré con que lo seas de España.

Juan Martín (*sonriendo*).—Tienes razón. (*Breve pausa.*) Métete ahora en la arboleda y júntate con la tropa. Vas a encontrarte con muchos conocidos.

Sardina.—Buena suerte, Juan Martín. La mereces.

(*Sale Sardina.*)

Escena IV

Juan Martín y El Abanto

(*Queda Juan Martín solo. Mira impaciente hacia el lado por donde salió Julio —el opuesto a aquél por donde acaba de salir Sardina— y ve al Abanto que se aproxima.*)

Juan Martín.—¡Abanto!

Abanto.—Mándeme, don Juan Martín.

Juan Martín.—Abanto: ¿tú qué crees, que la paz es posible o que es imposible?

Abanto.—Si un día se la dejan hacer a *usté*, don Juan Martín, yo creo que será posible, y bien posible.

Juan Martín.—Gracias, Abanto. Vamos a ver si es cierto lo que dicen de la voz del pueblo los que saben latines. (*Viendo venir a Julio.*) Ahora vete por ahí. Vas a ver a uno que tú quieres mucho.

Abanto.—¿A quién?

Juan Martín.—A don Vicente Sardina. Otra vez ha venido con nosotros.

Abanto.—¿Don Vicente Sardina, otra vez? Doce años se me quitan de encima.

(*Sale el Abanto, a la vez que entra Julio.*)

Escena V

Juan Martín y Julio

Julio (*entrando*).—Por fin. Ahí están el Crudo y el cura.

Juan Martín.—Déjame ahora solo, Baeza. No quiero que él piense que alguien me proteje. También el Crudo tiene orden de quedarse lejos.

Julio.—A sus órdenes.

(*Sale Julio.*)

Escena VI

Juan Martín y El Cura Merino

(*Entra el cura Merino mirando a todas partes con recelo. Vestirá el pintoresco atuendo que describen sus biógrafos. Juan Martín se adelanta a recibirle.*)

Juan Martín.—Sea bien venido, don Jerónimo. (*Le tiende la mano.*)

Cura Merino.—Buenos días, Juan Martín. (*Mirando su propia mano, y sin dársela.*) No sé si debería dártela.

Juan Martín.—¿Por qué?

Cura Merino.—Por la carta que hiciste poner en las alcaldías de esta sierra.

Juan Martín (*siempre con su mano tendida*).—¿Quiere usted que por un rato olvidemos todo?

Cura Merino.—¿Olvidar? Yo no sé olvidar. En fin, ahí va mi mano. (*Se la estrechan.*)

Juan Martín.—Siéntese, don Jerónimo. (*Bromeando.*) El salón no es muy lujoso, pero en peores nos hemos visto.

Cura Merino (*sentándose*).—Las peñas y los pinos son mi casa. Esto es lo que no podían comprender aquellos modosos canónigos de Valencia. (*Breve pausa.*) ¿Sabes que el Crudo, no sé si por broma, me proponía traerme aquí con los ojos vendados?

Juan Martín.—Esas no eran mis órdenes.

Cura Merino.—No es preciso que me lo jures. Sabes tú muy bien que en viendo yo un matorral o un risco de esta sierra, ya sé dónde estoy. (*Breve pausa.*) Vayamos al grano. ¿Qué quieres tú de mí?

Juan Martín.—Saber si usted sigue siendo el mismo que era.

Cura Merino (*con fiereza*).—Yo soy y seguiré siendo siempre el mismo, aunque viva doscientos años. No sé si de ti podría decirse otro tanto.

Juan Martín (*como si no hubiese oído esa insinuación*).—¿Recuerda usted, don Jerónimo, cuando nos juntamos en Roa? El rey de los curas le llamé yo a usted.

Cura Merino.—Y yo a ti, la honra de Burgos y de toda la comarca. Entonces, lo eras.

Juan Martín (*algo amostazado*).—Dejemos lo que yo era y lo que yo soy. Lo que nos importa ahora es lo que está pasando en España.

Cura Merino.—¿Y qué pasa en España?

Juan Martín.—Que otra vez nos la han invadido los franceses.

Cura Merino.—Poco a poco, amiguito. Ahora no la han invadido. Ahora han venido llamados por el Rey Nuestro Señor, para defender su realeza y la religión.

Juan Martín.—¿Pero es posible, don Jerónimo, que a usted no se le encienda la sangre pensando que otra vez los coraceros franceses han cruzado la quebrada de Pancorbo?

Cura Merino.—Debo serte sincero; nunca podré tragar a los gabachos. Pero hay ciertos casos en que la conveniencia debe estar por encima del gusto. (*Breve pausa.*) Vamos a ser claros, Juan Martín. ¿No presumes tú de que los afrancesados están contigo?

Juan Martín (*con altivex*).—Conmigo están todos los que aman a España y a la libertad.

Cura Merino.—Llámale hache. Pues si tú te juntas con los afrancesados para traer a

España eso que llamáis libertad, no puede extrañarte que yo me junte a los franceses para que España siga siendo lo que siempre ha sido.

(*Un breve silencio.*)

Juan Martín (*con gravedad*).—Desde hace casi tres años usted y yo, don Jerónimo, venimos persiguiéndonos el uno al otro.

Cura Merino.—Así es.

Juan Martín.—Salas de los Infantes, Tordueles, Lerma... Al cabo de tanto ir y venir, los dos estamos aquí vivos y cabales.

Cura Merino.—Bien, ¿y qué?

Juan Martín (*con vehemencia creciente*).—Que usted y yo estamos vivos y cabales, pero muchos de los nuestros se están pudriendo bajo la tierra. Que los españoles hemos comenzado a matarnos los unos a los otros. Y que es preciso que usted y yo, y todos los que de verdad queremos a nuestro país, hagamos cuanto podamos para atajar esta locura.

Cura Merino.—Tampoco yo quiero que los españoles se maten unos a otros.

Juan Martín (*más sereno*).—Por eso me he atrevido a pedirle esta entrevista, y por eso le agradezco tanto que haya venido aquí. Pero ya le habrá dicho el Crudo que yo estaba dispuesto a ir donde fuera necesario.

Cura Merino.—Me lo ha dicho. Dime tú ahora lo que piensas que puedo hacer yo.

Juan Martín (*con tono suasorio*).—Don Jerónimo: usted tiene a su lado unos miles de hombres que le siguen y le obedecen.

Cura Merino.—Eso creo.

Juan Martín.—Yo puedo decir otro tanto. Sume usted a eso mi mando en el ejército.

Cura Merino.—¿Y qué es lo que me propones?

Juan Martín.—Que nos juntemos usted y yo.

Cura Merino (*con expresión de pasmo*).—¿Qué tú y yo nos juntemos? ¿Para qué?

Juan Martín.—Ya se lo he dicho: para atajar esta locura. Juntos usted y yo podríamos detener a los franceses, y luego imponer en Madrid una política que ponga a España en su quicio y la permita prosperar como la Francia y la Inglaterra. A usted le oye el Rey y le respeta la camarilla de la Corte. A mí me escucha y me respeta la gente liberal. Juntos usted y yo, podremos hacer mucho.

Cura Merino (*después de un momento de meditación*).—No sé si eso que tú planeas sería posible, aunque tú y yo nos juntásemos. Pero hay una cuestión previa.

Juan Martín.—Usted dirá.

Cura Merino.—Vamos a ver: esa política que tú y yo hemos de proponer...

Juan Martín.—De proponer, no; de imponer.

Cura Merino.—Como quieras. Esa política que tú y yo hemos de imponer, ¿sería con Constitución o sin ella?

Juan Martín.—Sin Constitución no sería posible. Pronto caeríamos de nuevo en las manos del capricho real. O en las de la camarilla.

Cura Merino.—Y en esa España que tú imaginas, ¿habría o no habría un tribunal para reprimir y castigar el error y la impiedad?

Juan Martín.—¿A que tribunal se refiere usted? ¿Al de la Inquisición?

Cura Merino.—Al mismo.

Juan Martín.—En el siglo en que vivimos, ¿cómo puede usted pensar que ese tribunal subsista?

Cura Merino.—Pues para una España con Constitución y sin Inquisición, no cuentas conmigo; con los tres últimos años, ya tengo bastante. Sigue tú con tus afrancesados, y yo seguiré con mis franceses; con estos franceses que ahora ayudan al Rey y a la religión.

Juan Martín.—¿Esta es su última palabra?

Cura Merino (*con sequedad*).—Esta es mi única palabra. Cuando de esto se trata, yo no tengo más una.

(Un breve silencio.)

Juan Martín (*levantándose y encarándose con el cura Merino*).—Don Jerónimo: ¿es que a usted no le importa la paz?

(Durante todo el resto de la escena, Juan Martín hablará en pie, acercándose al cura Merino o distanciándose de él, según lo exija la frase, y siempre con vehemencia, que unas veces será cáustica, otras desgarrada, y colérica otras. El cura Merino seguirá sentado, con la inmovilidad y la dureza de una roca. Este será también el tono de sus palabras.)

Cura Merino.—Me importa, y mucho. Cuantas veces digo la santa misa, paz es lo que pido y ofrezco.

Juan Martín.—La paz que usted pide y ofrece en la misa, no es la que usted busca cuando toma el sable.

Cura Merino.—Para mí es la misma: la paz de los creyentes fieles y honrados.

Juan Martín.—No, don Jerónimo, no. Una es la que Dios da a los hombres, y la otra, la que se consigue haciendo callar o quitando de en medio a los que no piensan como uno.

Cura Merino.—Nunca toleraré junto a mí a los que piensen y propaguen el error. Nunca querré una España donde tenga curso libre la impiedad.

Juan Martín.—¿Aunque para ello haya de matar usted a los que juzgue equivocados o impíos?

Cura Merino.—Aunque haya de ser así. Mi deber de español es mantener incólume la santa unidad en la fe que hemos heredado.

(Un breve silencio.)

Juan Martín.—Ya lo veo, don Jerónimo. A usted no le importan los hombres, estas criaturas de carne y hueso que Dios crió libres para que pudieran equivocarse o acertar. A usted no le importa el mundo que Dios hizo. Sólo le importa eso que ustedes llaman «sus principios».

Cura Merino.—Mis principios son la verdad de Dios y el bien de las almas.

Juan Martín.—¿El bien de las almas? ¿Llama usted bien de las almas al que no tiene en cuenta la libertad que Dios puso en la del hombre?

Cura Merino.—Vamos, Juan Martín. No me vengas ahora con las monsergas liberales que oíste en las tertulias de Madrid.